



Mis primeros versos

Rubén Darío

Tenía yo catorce años y estudiaba humanidades.

Un día sentí unos deseos rabiosos de hacer versos, y de enviárselos a una muchacha muy linda, que se había permitido darme calabazas.¹

Me encerré en mi cuarto, y allí en la soledad, después de inauditos esfuerzos, condensé como pude, en unas cuantas estrofas, todas las amarguras de mi alma.

Cuando vi, en una cuartilla de papel, aquellos rengloncitos cortos tan simpáticos, cuando los leí en alta voz y consideré que mi cacumen los había producido, se apoderó de mí una sensación deliciosa de vanidad y orgullo.

Inmediatamente pensé en publicarlos en *La Calavera*, único periódico que entonces había, y se los envié al redactor, bajo una cubierta y sin firma.

Mi objeto era saborear las muchas alabanzas de que sin duda serían objeto, y decir modestamente quién era el autor, cuando mi amor propio se hallara satisfecho.

Eso fue mi salvación.

Pocos días después sale el número 5 de *La Calavera*, y mis versos no aparecen en sus columnas.

Los publicarán inmediatamente en el número 6, dije para mi capote,² y me resigné a esperar porque no había otro remedio.

Pero ni en el número 6, ni en el 7, ni en el 8, ni en los que siguieron había nada que tuviera apariencias de versos.

1. darme calabazas: rechazar mis intereses amorosos.

2. para mi capote: interiormente, para mí mismo.

ADUÉÑATE DE ESTAS PALABRAS

humanidades *f. pl.*: letras.

inaudito, -ta *adj.*: extraordinario.

cacumen *m.*: inteligencia, agudeza.



Es difícil cuando alguien rechaza tus intereses amorosos; seguramente el narrador estaba muy triste.

Parece muy presumido. Me pregunto si sus versos eran realmente buenos.

Presiento que esta aventura no tendrá un final feliz.

¿Por qué no se publicaban sus versos?



Editorial La Muralta, S. A.

Metapa, Nicaragua.

Casi desesperaba ya de que mi primera poesía saliera en letra de molde, cuando caten³ ustedes que el número 13 de *La Calavera* puso colmo a mis deseos.

Los que no creen en Dios, creen a puño cerrado⁴ en cualquier barbaridad, por ejemplo, en que el número 13 es fatídico, precursor de desgracias y mensajero de muerte.

Yo creo en Dios, pero también creo en la fatalidad del maldito número 13.

Apenas llegó a mis manos *La Calavera*, me puse de veinticinco alfileres,⁵ y me lancé a la calle, con el objeto de recoger elogios, llevando conmigo el famoso número 13.

A los pocos pasos encuentro a un amigo, con quien entablé el diálogo siguiente:

—¿Qué tal, Pepe?

—Bien, ¿y tú?

3. caten: miren, observen.

4. a puño cerrado: firmemente, con obstinación.

5. me puse de veinticinco alfileres: vestí mi mejor ropa.

—Perfectamente. Dime, ¿has visto el número 13 de *La Calavera*?

—No creo nunca en ese periódico.

Un jarro de agua fría en la espalda o un buen pisotón en un callo no me hubieran producido una impresión tan desagradable como la que experimenté al oír esas seis palabras.

Mis ilusiones disminuyeron un cincuenta por ciento, porque a mí se me había figurado que todo el mundo tenía la obligación de leer por lo menos el número 13, como era de estricta justicia.

—Pues bien, —repliqué algo amostazado—, aquí tengo el último número y quiero que me des tu opinión acerca de estos versos que a mí me han parecido muy buenos.

ADUÉÑATE DE ESTAS PALABRAS

colmo *m.*: satisfacción completa.

fatídico, -ca *adj.*: fatal, de mala suerte.

amostazado, -da *adj.*: irritado, enojado.

Mi amigo Pepe leyó los versos y el infame se atrevió a decirme que no podían ser peores.

Tuve impulsos de pegarle una bofetada al insolente que así desconocía el mérito de mi obra; pero me contuve y me tragué la píldora.⁶

Otro tanto me sucedió con todos aquellos a quienes interrogué sobre el mismo asunto, y no tuve más remedio que confesar de plano... que todos eran unos estúpidos.

Cansado de probar fortuna en la calle, fui a una casa donde encontré a diez o doce personas de visita. Después del saludo, hice por milésima vez esta pregunta:

—¿Han visto ustedes el número 13 de *La Calavera*?

6. me tragué la píldora: acepté la situación sin protestar.



Retrato de Rafaela Contreras, un amor de la niñez de Rubén Darío.
Editorial La Muralla, S. A.

—No lo he visto —contestó uno de tantos—, ¿qué tiene de bueno?

—Tiene, entre otras cosas, unos versos, que según dicen no son malos.

—¿Sería usted tan amable que nos hiciera el favor de leerlos?

—Con gusto.

Saqué *La Calavera* del bolsillo, lo desdoblé lentamente, y lleno de emoción, pero con todo el fuego de mi entusiasmo, leí las estrofas.

Enseguida pregunté:

—¿Qué piensan ustedes sobre el mérito de esta pieza literaria?

Las respuestas no se hicieron esperar y llovieron en esta forma:

—No me gustan esos versos.

—Son malos.

—Son pésimos.

—Si continúan publicando tantas necedades en *La Calavera*, pediré que me borren de la lista de suscriptores.

—El público debe exigir que emplumen al autor.

—Y al periodista.

—¡Qué atrocidad!

—¡Qué barbaridad!

ADUÉÑATE DE ESTAS PALABRAS

infame m. y f.: persona odiosa, vil, indecente, sin honra.
pésimo, -ma adj.: muy malo.
emplumen, de emplumar v.: dar una paliza, castigar.

—¡Qué necesidad!

—¡Qué monstruosidad!

Me despedí de la casa hecho un energúmeno,⁷ y poniendo a aquella gente tan incivil en la categoría de los tontos: «Stultorum plena sunt omnia»,⁸ decía ya para consolarme.

Todos esos que no han sabido apreciar las bellezas de mis versos, pensaba yo, son personas ignorantes que no han estudiado humanidades, y que, por consiguiente, carecen de los conocimientos necesarios para juzgar como es debido en materia de bella literatura.

Lo mejor es que yo vaya a hablar con el redactor de *La Calavera*, que es hombre de letras y que por algo publicó mis versos.

Efectivamente: llego a la oficina de la redacción del periódico, y digo al jefe, para entrar en materia:

—He visto el número 13 de *La Calavera*.

—¿Está usted suscrito a mi periódico?

—Sí, señor.

—¿Viene usted a darme algo para el número siguiente?

7. energúmeno: persona muy exaltada, furiosa.

8. stultorum plena sunt omnia: expresión del latín que significa que el mundo está lleno de gente tonta.

—No es eso lo que me trae: es que he visto unos versos...

—Malditos versos: ya me tiene frito el público a fuerza de reclamaciones. Tiene usted muchísima razón, caballero, porque son, de los malos, lo peor; pero ¿qué quiere usted?, el tiempo era muy escaso, me faltaba media columna y eché mano a esos condenados versos, que me envió algún quídam⁹ para fastidiarme.

Estas últimas palabras las oí en la calle, y salí sin despedirme, resuelto a poner fin a mis días.

Me pegaré un tiro, pensaba, me ahorcaré, tomaré un veneno, me arrojaré desde un campanario a la calle, me echaré al río con una piedra al cuello, o me dejaré morir de hambre, porque no hay fuerzas humanas para resistir tanto.

Pero eso de morir tan joven... Y, además, nadie sabía que yo era el autor de los versos.

Por último, lector, te juro que no me maté, pero quedé curado, por mucho tiempo, de la manía de hacer versos. En cuanto al número 13 y a las calaveras, otra vez que esté de buen humor te he de contar algo tan terrible, que se te van a poner los pelos de punta.

9. quídam: expresión que significa que una persona no tiene valor, una persona que no merece nombrarse.



Casa donde Rubén Darío pasó su niñez.

Editorial La Muralla, S. A.

CONOCE AL ESCRITOR

Si Rubén Darío (1867–1916) hubiera cumplido con la amenaza que expresa en este texto, jamás habríamos experimentado la influencia que su poesía ha ejercido en todo el mundo. Un escritor dijo que la carrera de Darío fue la de «un poeta vagabundo que influyó, definitivamente, en la literatura latinoamericana y española».

La tía que se ocupó de criar a Rubén Darío fue quien primero se dio cuenta de que al joven le gustaba la poesía. Gracias a esta señora que lo animó a leer y a escribir, años después Darío sería un poeta magistral.

De origen nicaragüense, nacido en Metapa, Darío comenzó a escribir en la década de los años ochenta del siglo diecinueve, al mismo tiempo que ejercía su carrera periodística en Santiago y en Valparaíso, Chile, y en Buenos Aires, Argentina. Llegó a ser corresponsal extranjero del diario argentino *La Nación* en Madrid y París, poco antes de que sus poemas y narraciones breves contribuyeran a inaugurar el movimiento modernista en la literatura. Se convirtió en una figura de renombre internacional al combinar elementos sudamericanos y europeos en su pensamiento y en su literatura. También trabajó para el cuerpo diplomático de Colombia y de su tierra natal, Nicaragua.

Azul (1888) y *Cantos de vida y esperanza* (1905) presentan sus ideas más importantes. En el prólogo de *Azul*, Darío explica que la literatura es un alcázar interior que sirve como refugio sosegado del mundo, un ambiente donde rige el «arte puro». En *Cantos de vida y esperanza*, una de sus obras más conocidas, su tema principal es el sentimiento nacionalista de los pueblos latinoamericanos. Darío experimentó con



Editorial La Muralla, S. A.

un lenguaje poético y un ritmo nuevos. En el siguiente poema «Amo, amas» de *Cantos de vida y esperanza*, se puede observar la vitalidad expresiva tan característica de su obra, rasgo que, en combinación con sus técnicas innovadoras, ha tenido un profundo impacto en la literatura hispanoamericana:

Amar, amar, amar, amar siempre, con todo
el ser y con la tierra y con el cielo,
con lo claro del sol y lo oscuro del lodo:
Amar por toda ciencia y amar por todo
anhelo.

Y cuando la montaña de la vida
nos sea dura y larga y alta y llena de abismos,
amar la inmensidad que es de amor,
encendida,
¡y arder en la fusión de nuestros pechos
mismos!